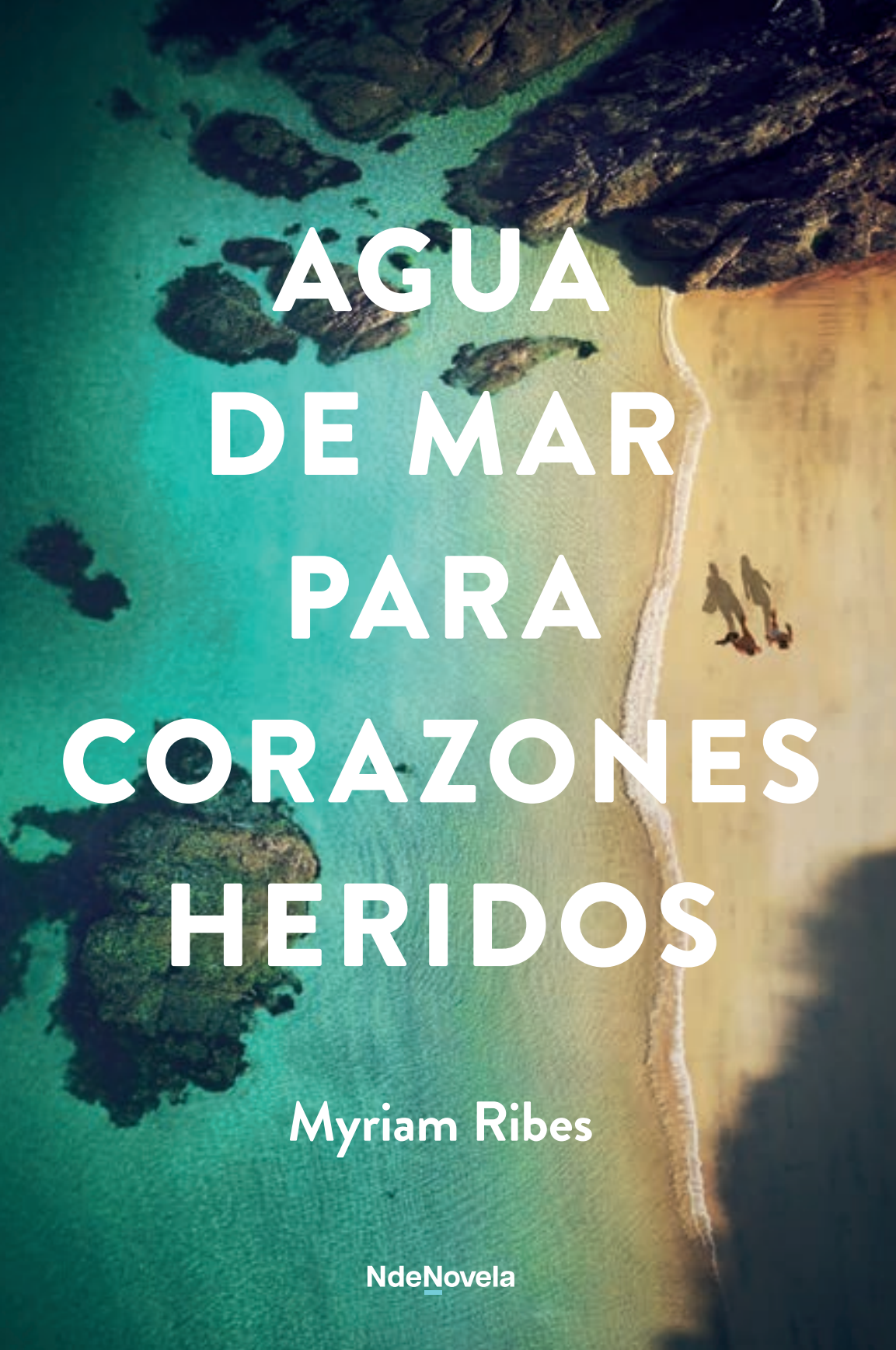

AGUA
DE MAR
PARA
CORAZONES
HERIDOS
Myriam Ribes
NdeNovela

Myriam Ribes

Agua de mar para corazones heridos

NdeNovela

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Myriam Ribes, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
NdeNovela, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.ndenovela.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: julio de 2025
Depósito legal: B. 10.846-2025
ISBN: 978-84-10140-30-1
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rotoprint
Printed in Spain - Impreso en España



Capítulo 1

ONA
Un burro amarrado

—¡Me niego a que se use todo ese dinero para sus mierdas!

Oriol grita fuera de sí y me señala con su dedo fibroso de cirujano. Este hombre es imbécil. Siempre tiene que montar alguna pelotera en la reunión semanal de directivos, pero hoy está especialmente agresivo. Debe de ser por el viento: la tramontana nos trastorna a todos, pero está claro que a los gilipollas más.

Como ya viene siendo habitual, yo soy la culpable de todos sus males, pero sus rebuznos no van a conseguir alterarme. Me concentro en mi respiración, le desafío con la barbilla y respondo muy despacio, como si no me importara nada lo que dice.

—Ni son mías, ni son mierdas: son terapias para nuestros pacientes.

—Terapias de mierda.

El capullo ni se lo ha pensado. Me ha escupido a la cara esas tres palabras y ahora me clava sus ojos negros de puro veneno. Pues no pienso ni pestañear. Le puedo aguantar la mirada sin problemas y durante horas, que no me rete. Él será muy buen cirujano, pero representa todo lo que más odio en la medicina y en el mundo: es un medicazo prepotente y creído, un gallito de corral con bata.

«Terapias de mierda», me ha dicho el tío. Si Xavier estuviera vivo, le habría abofeteado al segundo. Me pellizco con fuerza la mano para no darle yo lo que se merece. Igual del golpe se le abriría un poquito la mente, a él y a ese clan de medicosaurios que le jalean.

—Me da igual tu opinión, Oriol. La donación me la han dado a mí y punto. No hay nada más que discutir.

Le sigo hablando con calma, aunque debe de notar mi odio,

porque el dedo con el que me apunta ha empezado a temblar. Titubea un segundo al darse cuenta, pero cierra rápido y con rabia la mano para volvérseme a enfrentar a gritos.

—No, no te la han dado a ti, Mariona. Se la han dado al Hospital Insular. A nuestra isla.

Y ahora va el memo y pronuncia la palabra «isla» con ese tonito, tan solemne y engolado que parece que estuviera sonando un himno de fondo. Es que no se puede ser más estúpido. Como se ha vuelto a quedar sin argumentos, apela al poder de su patria sagrada, esa de la que yo nunca formaré parte porque soy, como dicen ellos, «forastera». Me clavo con fuerza las uñas en la palma, debajo del pulgar. Acabará por salirme sangre, pero me da igual. El dolor me tranquiliza y me centra. Y no va a conseguir lo que quiere, verme alterada.

—A ver, Oriol, un par de cositas. Una: mi departamento es tan del hospital y de la isla como tú. Dos: yo me he currado esta subvención durante meses y por eso me la han dado a mí y no a ti.

—No me lo creo. Te quieres quedar con algo que es de la isla.

Y dale. Será burro, otra vez con ese estúpido patriotismo. Y lo de los demás directivos no tiene nombre: le miran embobados como si fuera Dios en traje de Armani. Vaya panda de borregos. Vale que esté bueno, no lo niego, pero solo con la boca cerrada. En cuanto empieza a graznar, no hay quien lo aguante.

—Yo no miento nunca. Díselo tú, Nina.

Los jefes se giran hacia la gerente, que tiene el tiempo justo para asesinarme con su mirada verde. Cuando nota todos los ojos de la sala fijos en ella, ladea la cabeza y nos sonríe. La sonrisa de Nina es un arma letal, y ella lo sabe: no puedes evitar devolvérsela, y una vez lo haces, te subyuga y te calmas. Será la mejor enfermera del universo, pero como directiva es una diosa. Solo ha necesitado dos segundos para tenernos encandilados y pendientes de su respuesta.

—Es cierto. Os lo iba a comentar en el orden del día, pero el doctor García se me ha adelantado, para variar. Naturbody ha donado el dinero y los aparatos de magneto y radiofrecuencia al departamento de Medicina Integrativa.

—¿Todo para ellos?

Nina asiente a Oriol y yo le vuelvo a mirar desafiante.

—Todo. Mariona nos ha cedido una parte para las obras, pero el resto es suyo. Si quieres que los pacientes de Cirugía Plástica usen la radiofrecuencia, tendréis que derivárselos a ella.

Oriol gruñe y se afloja el nudo de la corbata.

—Solo me faltaba eso. Tener que enviar mis pacientes a la Hierbas.

Los demás sueltan una risita. Me aburren. Siempre aplaudiéndole las gracias a ese pollino y tratándome de bicho raro, cuando los extraños y obsoletos son ellos. Paso de mirarlos y le replico.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que yo les guste más que tú y no vuelvan a tu consulta?

—Lo que no quiero es que acaben en tu secta de atontados, esnifando lavanda y haciendo la danza de la lluvia.

Carcajada general. Normalmente no me afectan sus burlas ni las de nadie, pero hoy es viernes, ha sido una semana muy intensa y me espera un doble turno. Respiro hondo y me vuelvo a pellizcar para no levantarme a matarlos a todos. Vaya panda de ungaúngas, son tan cerrados y borricos como él. Abro la boca para responderles, pero me interrumpe el manotazo de Nina sobre la mesa, que retumba como un gong por toda la estancia.

—¡Oriol! —Todos se quedan mudos—. No quiero abrirte un expediente, y lo único que vas a conseguir es eso, porque con insultos pierdes toda tu credibilidad.

—¿Credibilidad? ¿Y qué coño de credibilidad tiene ella? Nada de lo que hace tiene evidencia científica.

Pongo los ojos en blanco y le contesto al instante.

—Perdona, pero creo que te falla un poco la memoria. Ya os demostré en la sesión general del mes pasado que la mayoría de lo que hacéis y recetáis vosotros tampoco tiene esa evidencia científica que me reclamas. Me parece que os lo dejé bien clarito.

Esa sesión fue épica. Muchos médicos se marcharon ofendidos del salón de actos cuando dije que hacían medicina basada en la costumbre y no en la evidencia. Se convirtió en la frase del mes. Los residentes me aplaudieron, y eso los ofendió aún más.

Oriol finge pasar de mí, no me contesta, y sigue machacando a la pobre gerente, que encima tiene la desgracia de ser su exmujer.

—Nina, ¡no podemos malgastar el dinero público en sus tonterías perroflautas!

—¡Vale ya! Te recuerdo, por si se te ha olvidado, que nuestro sistema sanitario ya no es universal y no podemos cubrir todos los gastos del hospital sin los pacientes privados y las donaciones.

—Pero...

—Te guste o no, el departamento de Mariona es el que tiene los mejores indicadores de calidad y el que ha conseguido más mecenas desde que se creó. Así que los aparatos son para Integrativa y punto.

Sonrío triunfal a Oriol tras escuchar a Nina. Él me pone cara de perro y sigue protestando.

—Ya. Todo para ella, claro. Y el hecho de que la Hierbas sea tu amiguita del alma no influye en nada, ¿verdad?

Ya lo ha tenido que soltar, le pone enfermo que seamos tan amigas. Nina vuelve a pegar un manotazo a la mesa y le mira de una forma que hasta yo me acojono.

—¡Por supuesto que no! Y me ofende mucho que digas eso. Me considero amiga y compañera de todos los que estáis aquí sentados. Pero te recuerdo, y que no se os olvide a ninguno, que soy la gerente del hospital y la que decide a dónde van los presupuestos. Si tienes alguna sospecha de algo, puedes interponer una denuncia ante Gerencia Central y que valoren ellos qué servicio del hospital es el más rentable. Quizá deciden eliminar alguno que no lo es y os lleváis una sorpresa. Y, por cierto, aún no me has enviado tu memoria anual.

Estoy segura de que muchos jefes se han asustado al oírla hablar de rentabilidades, porque ya nadie pía en la sala y solo se oyen los rebuznos de Oriol.

—Qué chorradas. No estudié Medicina para hacer papeles. Tengo cosas mucho más importantes que hacer en la vida.

Nina mira al techo y sacude la cabeza antes de responderle. Está harta y lo comprendo: este tío es inaguantable.

—Pues págale a alguien para que te lo haga. Si quieres presupuesto el año que viene, tendrás que demostrarme para qué lo necesitas.

—¿Es que no está claro? Soy el mejor plástico de las islas. Dirijo un departamento que tiene prestigio en todo el país. Vienen de todas partes a operarse aquí, y eso vale mucho dinero.

Me jode reconocerlo, pero en eso tiene razón. El capullo es muy buen cirujano, aunque sea un creído, un imbécil y un gestor desastroso.

—¿Sí? Pues eso a mí no me consta en ningún sitio. Necesito que me lo demuestres con el informe anual. Lo que no está escrito no existe. Y si no te gusta gestionar tus datos, no hay problema: preséntame tu dimisión como jefe de servicio. Deja que lo haga otro.

—Ya te gustaría a ti eso. Y a tu chamana de feria más —susurra, mirándome de reojo.

Nina mira el reloj y se levanta de la silla haciendo como si no le hubiera oído.

—Nos hemos pasado de la hora. Se acabó la reunión. Vamos, todo el mundo a trabajar. Que es viernes. San Viernes.

Recoge su carpeta y me mira muy seria.

—Mariona, ven a mi despacho en cuanto puedas. Tenemos que hablar.

Después de la reunión, todos los jefes se quedan un rato más charlando en la sala. Comentan sus planes de fin de semana y me miran de reojo mientras yo, aún sentada y sin intención de hablar con nadie, acabo de escribir mis notas y cierro el iPad. Oriol se acerca a hablar con Nina y yo aprovecho para escabullirme a mi consulta. No me apetece pensar más en esta mierda de reunión ni en ese Plasticosaurio. Ya me ha puesto taquicárdica, y hoy me espera un día de aúpa.

En cuanto entro en el departamento de Integrativa, me relajo y suspiro. Qué gustazo, este es mi territorio. Todo está pensado y diseñado para infundir calma y paz. La música que suena de fondo, los colores de las paredes, la decoración y el olor de los aceites esenciales. Inhalo profundo de nuevo y cierro los ojos. Este ambiente relaja a los pacientes y nos ayuda mucho en las terapias, pero, sobre todo, nos calma a los que trabajamos aquí

todo el día. Por eso los integrativos tenemos la fama de ser las personas más tranquilas del hospital.

Miro el pequeño trozo azul que se atisba desde la ventana de mi consulta. Eso también me serena, lo que más, el mar es el mejor ansiolítico que existe. Inhalo y exhalo. Ya vuelvo a ser yo.

No me he sentado aún en la silla cuando me vibra el móvil en el bolsillo de la bata. Una, dos, tres, cuatro veces seguidas. Y otra más. Está claro quién los envía: es Nina, mi jefa y doña intensa, ametrallándome con sus mensajes de texto. Uno detrás de otro sin descanso.

Onaaaaa.
Ya veo que no vienes.
¿Café? Bueno, para ti mejor tila:D
¿Vienes al bar?
Tengo diez minutos.

Suelto un bufido. ¿Es que no puede ponerlo todo en una misma frase? Tanta vibración me pone frenética. La llamo y me contesta al primer tono.

—Que vengas, pesada.

—Nina, que me da pereza —le digo—. Ven a mi despacho y tomamos un té tranquilas.

Se queda en silencio un segundo, como si de verdad se lo pensara.

—Nop. Paso de infusiones. Necesito hidratos y cafeína. No he dormido nada.

—¿Y eso? ¿Quedaste con el de LoveApp?

Se ríe. Será capulla, está claro que ha conseguido lo que quería: mi atención y ligar en redes.

—Yep. Quedé, quedé.

Ahora la que se ríe soy yo.

—Me lo tienes que contar todo.

—Pues ven, coño. Te invito.

—Ok. Dame cinco minutos.

Vuelve a carcajearse de mí. Es una escandalosa. Me aparto el teléfono de la oreja para no quedarme sorda.

—Sabía que esa era la palabra clave, Onita. Invitar. Catalana racanilla mía.

—Vete a la mierda.

Le cuelgo sin contemplaciones. Nina siempre se mete conmigo con el tema del dinero. No soy rácana, en absoluto, soy muy generosa, pero no me gusta gastar a lo loco ni en cosas que no necesito. Ella dice que eso es genético y lo llama mi hecho diferencial catalán. Yo lo llamo sensatez y minimalismo y nunca entenderé por qué le hace tanta gracia.

Al llegar al bar, la veo sentada junto a la ventana. Ella, desde luego, no es para nada minimalista. Hasta la bata que lleva es de marca y tiene su nombre bordado en el bolsillo con hilo rosa. Y seguro que no es un hilo cualquiera, debe valer más que mi fonendo. No sé qué placer obtiene tirando el dinero en esas cosas. El sol mañanero hace que su melena brille mientras da buena cuenta del desayuno que se ha pedido. Me sonríe y señala el vaso con hielo y la botella de agua mineral que hay frente a ella.

—María de la Ona. Te he pedido tu *gin-tonic* ecológico.

Es una payasa, pero no se puede no quererla, siempre está pendiente de todos. Esa agua mineral eco es lo único que tomo en la cafetería del hospital.

—Gracias.

—No te he pedido nada más porque ya te conozco. ¿O querías algo de comer?

—Ya sabes que no. Todo son procesados y...

—Ya, ya... Paso del discursito ecologista y saludable, que ya me lo sé. Y te informo de que a mi bocata lo procesaron de puta madre.

No puedo evitar echarme a reír. Me parto con ella. Me hacen mucha gracia, con lo princesa y finolis que parece, los tacos que suelta siempre. Me flipa el carácter de Nina, es una Barbie Killer auténtica. Se limpia las migas que le quedan en la comisura de la boca con la servilleta de papel y vuelve a darle otro mordisco al enorme bocadillo.

—¿Estás más tranquila, Onita?

Abro la rosca del botellín de vidrio y niego con la cabeza.

—No me he puesto nerviosa en ningún momento.

Se vuelve a partir de risa, tapándose la boca llena de pan con jamón.

—Los cojones. Le apretabas la mandíbula a Oriol como si fueras un dóberman a punto de atacar. Y hasta te has debido de hacer sangre con los pellizcos. Que te he visto. A ver esa palma.

Ni de coña le voy a enseñar el moretón que me he hecho. Dejo la mano lesionada bajo la mesa y bebo un sorbo del botellín con la otra.

—Es que tu ex es un poco gilipollas.

—Un poco no, entero y tres cuartos. Pero en el fondo es buen tío. Te lo digo yo.

—Por favor, Nina. Es imbécil. Un *cap d'ase*.

Nina vuelve a reírse y sacude la melena hacia un lado. El olor de su perfume es dulzón y sexy, como ella.

—Los insultos de aquí te molan, ¿eh?

—Este le va que ni pintado, tu ex no puede ser más burro: un *cap d'ase*. Lo dejaste por eso.

—No, lo dejé porque nos habíamos casado sin pensar.

—¡Desde luego! ¿En qué estarías pensando para casarte con ese borrico?

Casi se atraganta de la risa. Ya está en modo finde y todo se lo toma a guasa.

—Él solo pensaba en la niña. Y yo era muy joven y... Ya sabes con qué pienso siempre.

Me guiña un ojo y yo le pongo los ojos en blanco. No lo entenderé nunca. Con lo lista que es y cómo pudo caer en eso.

—Lo de follártelo lo puedo pasar, Nina, pero casarte con ese machirulo es de no tener neuronas. Y tú tienes muchas y rápidas, ¿qué les pasó? Tía, si hoy ha estado de bofetón.

Deja de reírse y menea la cabeza mirándome.

—Oriol no es un machirulo.

—¿Que no?

—No. En absoluto. No digas eso de él —repite tajante.

Resoplo. Igual me he pasado, pero es que su rollito de macho alfa me pone de los nervios.

—Pues a mí me parece un gilipollas.

—A ver, Ona, es normal que le haya sentado mal. Te han dado todo el dinero a ti.

—Se lo han dado a mi departamento.

Gira los ojos haciendo un arco hacia arriba como si estuviera harta de oírme. Aún le dará la razón, lo veo venir.

—Que sí, cansina. A tu departamento. Pero entiende que él se cabree. Él quería la radiofrecuencia para su servicio.

—Pues que se lo hubiera currado —le respondo contundente—. Yo me he dejado la piel este año en estudios y publicaciones con Naturbody para conseguirla. Además, él solo la quiere para quitar arrugas, y yo la voy a usar para mejorar la vida de las personas.

—La vida sexual. —Y le da un mordisco al bocadillo en plan loba, soltando un gemidito.

Ya estamos, a todo el mundo le preocupa el sexo, pero luego nadie le da la importancia que merece para la salud. Solo les importa para risitas y burlas.

—Pues claro. La vida sexual. ¿Hay algo más importante? Sin salud sexual, no existe la salud ni la felicidad. El sexo es esencial. Tener una buena salud sexual es mucho más importante que quitarte las patas de gallo.

—No me cabe duda. —Sonríe y se relame—. Pero si además de follar como una reina pareces una diosa, mejor que mejor.

Se me escapa la risa y casi tiro el vaso al suelo. No puedo con ella. Mientras limpio el agua que he derramado con una servilleta, me la estoy imaginando vestida de Afrodita, con una guirnalda dorada y cabalgando apasionadamente a alguien. Me río sola porque me parece muy gracioso, pero paso de decírselo. Total, nadie entiende mis bromas, ni siquiera ella.

—Hablando de follar. Cuéntame lo de anoche, que va a ser más divertido que hablar de ese capullo. ¿Cómo fue?

—Espectacular.

—¿Espectacular? Venga, suéltalo. —Me inclino un poco hacia ella—. Pero todo.

—¿Qué quieres? Tiene treinta añitos y es un empotrador de libro. Pero de los que se preocupan de que lo goces, no de esos metesaca inaguantables. A este no se le acababa nunca ni la pila

ni la imaginación. Un amor. Y me ha dejado muerta. Machacada. *Dead*.

Levanto las cejas sorprendida.

—¿Muerta? ¿A ti?

—A mí. Chica, que ya he cumplido los cuarenta y tres. Esta noche me ha valido por un mes de *gym*. Bueno, creo que hasta me convalidarían el grado de INEF.

Estallo en risotadas. Qué cosas se le ocurren. Los de la mesa de al lado me miran con mala cara, yo me tapo la boca y les hago un gesto de disculpa.

—Eso explica cómo devoras. ¿Has quedado con él otra vez?

Pone cara de susto y me lo niega sacudiendo nerviosa la mano.

—¡No! Ni hablar. Que se me engancha como el psicópata del año pasado. Ha estado muy bien, pero ya. Hay un montón de peces en el mar.

—¿Pero no dices que este es un amor? Pues prueba otra vez con él.

—Naaa. Los hombres en casa son un incordio. Yo estoy muy bien solita y con mi niña. Soy como tú de independiente, pero follando.

—¡Eh!

Nina se ríe y pone su mano sobre la mía.

—Ona, tía, que ya sé que tuviste un par de rollos al venir a la isla, pero ahora *na* de *na*. Y se te nota. Tú también deberías hacerte un perfil en Love. Un par de buenos polvos y se te quitaría ese rictus del entrecejo.

Me toco la frente sin darme cuenta y ella se parte.

—No tengo ningún rictus —le protesto.

—Sí, sí que lo tienes. Es el rictus de la falta de orgasmos. Lo podríamos llamar el signo *hiporgásmico* de Mariona. ¿Estaría basado en la evidencia o en la costumbre?

—Vete a la mierda.

Ahora es ella la que suelta la carcajada y mira a los de al lado sonriendo.

—Perdonad, es viernes.

Toda la mesa asiente y se ríe, abducida por la magia de Nina.

—San Viernes, Nina —le dicen.

Ella vuelve a señalarme la frente.

—Si lo publico, me forro. Te haré fotos del antes, te abro un perfil sexy en la app para que haya intervención terapéutica y te fotografío después de un par de citas. Eso sí que sería un pedazo de estudio interesante y no el de los síntomas de la menopausia que tú haces. Me haría famosa y rica, y a vivir del cuento.

No le encuentro ninguna gracia, pero ella se está descuajeringando sola. Y los de al lado también, que han dejado la oreja puesta y no pierden ripio de lo que hablamos. Me acerco a su oído y le susurro.

—Para ya. Que no tenga pareja no quiere decir que no tenga orgasmos.

—Pues será en sueños, porque a la vista está que te faltan unos pocos. ¿Estrenaste mis regalos? Seguro que ni los has probado.

El mes pasado me regaló todo un surtido de juguetes sexuales y lubricantes carísimos que le dieron en un congreso en Barcelona.

—No he tenido tiempo.

—Ya lo sé. Me lo está gritando tu rictus.

Me enfado otra vez y ella se desternilla, coreada por las carcajadas de los de la otra mesa, que ya ni disimulan y solo les falta arrimar las sillas para desayunar con nosotras. Aquí todo el mundo se lo pasa bien a mi costa. Nina pone la taza que ha usado encima del plato y la servilleta de papel sucia dentro. Siempre ordena la vajilla después de desayunar, para facilitar el trabajo de los camareros. Es un detalle que me encanta. Se mira los dientes en la pantalla del móvil y se despide de los de al lado antes de levantarse. Yo paso. Que les zurzan.

—Oye, Onita, ¿nos vamos de compras esta tarde? *Empotreitor* me rompió mis mejores medias y necesito otras.

—Doblo turno. Además, hoy tienes a Abril, ¿no?

Asiente moviendo la cabeza y sonríe pensando en su niña.

—Sí, y pensaba traerla también con nosotras. No creo que se compre nada, ya sabes cómo es, pero cuando estás tú, no se mete tanto conmigo.

—Yo nunca he visto que se meta contigo.

—Claro, porque tú la calmas. Te adora.

Ahora soy yo la que pone una sonrisa boba. Le he cogido mucho cariño a su peque.

—Y yo a ella, tienes una hija maravillosa.

—Maravillosamente inaguantable. Y punki.

—Es gótica. Los punkis son de los ochenta y ya se han aburguesado todos.

Me mira de arriba abajo con sorna y levanta una ceja.

—¿Aburguesado?

—O muerto, como los Ramones. Abril es gótica.

—Pues es una gótica inaguantable.

—Tiene dieciséis años.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? ¿Y mañana? ¿Y si quedamos mañana?

—Mañana perfecto. Dame un toque temprano.

Antes de irse, me coge la mano y le da rápidamente la vuelta.

—¡Lo sabía! ¡Te has hecho un señor moretón! ¡Me parto! A ver si el próximo es en el cuello. Voy a hacerte sin falta un perfil de diosa en LoveApp para que te empiecen a matchear esta misma tarde.

—Vete a la mierda.

Se ha anulado la cita de la paciente que tenía a primera hora, así que aprovecho para subir un rato a mi escondite secreto. Poca gente lo conoce y apenas se ve desde fuera, pero de la escalera de incendios de la planta de Materno-Infantil se llega al cielo.

Materno es la última planta del hospital y encima está la azotea, prácticamente ocupada al completo por placas solares y máquinas de aerotermia. Pero hay un huequito, un pequeño rellano de ladrillo desde el que se ve el mar y todo el puerto. La vista es brutal. Aquí subo a pensar, a comer la comida que me traigo de casa y a escuchar música; hasta tengo una esterilla escondida detrás de la puerta para sentarme al sol. Me he montado mi propio *chill out*.

En cuanto llego, me pongo mis auriculares y me siento con las piernas cruzadas en el suelo. No necesito nada más que mi música y mi mar.

Abro la aplicación en el móvil. Cualquiera pensaría, por mis pintas, que escucho *new age*, *healing* o como se llamen todos esos sonidos terapéuticos que pongo habitualmente en la consulta. Lo hago en mi trabajo y son sonidos maravillosos, pero si hay una música que me vuelve loca, de la que soy fan de póster, es la de El Último de la Fila.

Manolo García. Quimi Portet. Los dos. Los sigo desde que era una adolescente y me sé todas sus canciones de memoria. Todas. Son la banda sonora de mi vida. Me escapé una noche de casa para conseguir su autógrafo y me costó una paliza y un mes de paga. En el concierto de Studio 54, tuve sexo por primera vez y, a pesar de lo que pasó, no me dejaron de gustar. En el de *Human Rights*, conocí a Xavier, que, aunque nunca fue tan fan como yo, me acompañó a casi todos los bolos que hizo el grupo en Barcelona.

Xavier.

No me hago a la idea de no volver a verle.

Una mano me toca el hombro y pego un brinco. Cuando me giro, me entra la risa al ver a Miquel gesticulando desesperado. Me quito los auriculares para saber lo que me dice.

—Joder, Miquel, qué susto me has dado.

—Pues no te pongas los AirPods en supresión de ruido. Un día te asesinarán y ni lo verás venir. ¿Ya estás con esa dichosa música antigua?

Meto los aparatos en su estuche. Para él, los años de la movida son la prehistoria, claro, podría ser mi hijo. Creo que no tiene aún los treinta y, de hecho, me acaba de poner el mismo tonillo que un adolescente utilizaría para criticar a su madre.

—No es antigua: es clásica.

Ahora soy yo la que ha sonado de *boomer* total, defendiendo la música de los ochenta. Miquel me empuja para hacerse sitio en la esterilla y se sienta a mi lado.

—Llámalo equis, jefa. ¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado de qué?

—Coño, te has ido a la reunión de directivos y no has vuelto.

Pensaba que te habían matado esas arpías. Siempre me da miedo cuando vas allí sola.

—Perdona, no te he avisado. Como he visto que la primera visita se ha anulado, me he ido al bar con Nina y luego me he venido directa hacia aquí.

—Y yo comiéndome las uñas esperando en tu despacho, pero qué insensible eres, jefa. ¿Cómo ha ido?

—Bah. Más de lo de siempre. Pero han ratificado la donación: todo es para nosotros.

—¡Bien! —Palmotea feliz—. Y el García encantado, ¿no?

—Puf. Muy cabreado. Si hasta temblaba. Creo que nunca lo he visto tan enfadado.

—Lógico. Debe de ser la primera vez que un laboratorio no le prefiere a él. Si solo le falta ponerse patrocinios en la bata.

Me río imaginando al señor Armani con la bata llena de anuncios, como un futbolista.

—Le ha sentado fatal. Me ha dicho de todo.

—Pues que se joda. Olé por ti y por mí. Y por Lluna y los demás. Nos lo hemos currado mucho, sobre todo tú.

Miro sonriente a Miquel, así sentado no parece tan alto. Está muy guapo con este nuevo corte de pelo, tan rapado por detrás y con ese enorme tupé. Me encanta tenerle a mi lado. Fue Nina la que me lo recomendó como administrativo del departamento y acertó de lleno. Creo que es la única persona que me entiende en esta isla. Vuelvo a pensar en Oriol y en cómo temblaba de ira.

—Es puro ego herido. Si solo es Naturbody. El resto va a seguir bebiendo los vientos por él, que no se queje tanto.

—El resto de los laboratorios y el resto del hospital. El otro día le pillé magreándose con la nueva de Neuro.

Hago un gesto de asco y Miquel se burla de la cara que he puesto, imitándola.

—Ya sé que te cae como el culo, pero el García está que se sale de bueno. Tiene ese rollo Clooney de madurito sexy que hasta a mí me pone, aunque sea un viejales.

—Hey, que no creo que ese ligón de saldo sea mucho mayor que yo. ¿Me llamas también viejales cuando no estoy delante?

—Nooo. Pero si tú eres una niña de cincuenta y pocos.

—Ya, ya. No me hagas la pelota ahora.

—Ona, tú no envejeces. No sé si porque eres una vampira o porque por las noches te bebes los aceites esenciales mezclados con ginebra.

—Serás bobo. Pues muchos se pueden beber. Algunos los pongo en el agua de saborizante. Mucho mejor eso que...

Me hace una cruz poniendo sus dos dedos índices en equis delante de mi cara.

—¡Nooo! *¡Vade retro!* No me sueltes el rollo de los procesados y el cambio climático otra vez, porfi. Vale ya con eso.

Le saco la lengua y me quito un momento el coletero para recolocarme el moño. Cuando me sacudo el pelo, Miquel pega un grito agudo.

—Tíaaa. ¡Pero si el pelo te llega casi al culo! Qué pedazo de melena blanca tienes ya. Y cómo te brillan las mechas con el sol. —Me lo acaricia—. Las tienes grises, negras y blancas, como las de Cruella. ¿Por qué no lo llevas suelto?

—No me parece que sea apropiado aquí, en el hospital.

—Chorradas. Estarías guapísima, Ona. Fliparían todos, sobre todo, esas perras del comité.

No puedo evitar sentirme un poco halagada al oírlo, y le doy una palmada suave en la pierna. Qué mono es, me quiere demasiado.

—Si me lo suelto, ¿parecería menos viejales?

—Bueno, serías igual de viejales, pero con mucho más *glamour*.

Le doy otra vez, pero con más fuerza.

—Serás capullo.

—¡Ay! Que te lo digo de buen rollo. Estás muy guapa con el pelo suelto, y aún lo estarías más si te pintaras los labios de rojo. Te quedarían genial con esa piel tan morena y tus ojillos de gitana.

—No pienso ponerme nada, los pintalabios están llenos de plomo y metales pesados.

—Es el precio del *glamour*, que contamina.

—Son un veneno, Miquel.

Y ahora se me pone a cantar y a dar palmas en plan flamenco.

—Dame veneno que quiero morir, dame veneeenooo..., pero con *glamour*.

No puedo con él, me parto de risa. Es muy gracioso cantando, y además le pega mucho flamenquear con esas patillas tan largas que se me está dejando últimamente. Me recojo de nuevo el pelo en la coronilla.

—¿Tenemos mucho lío hoy? La verdad es que tengo un poco de pereza.

Abre la boca como si estuviera asustadísimo y me pone la mano en la frente.

—¿Pereza tú? ¡Dios mío! Debe de ser un virus.

—Jo, es que ha sido una semana muy intensa.

Mueve la cabeza asintiendo y me saca un par de mechones del recogido del pelo para colocármelos en la cara.

—Es verdad. Y tú te has pegado un buen tute. La que más.

Me vuelvo a meter los mechones sueltos dentro del moño mientras él mira el móvil. Qué manía tiene con despeinarme.

—La de las nueve ya sabes que ha anulado. Tienes vídeo con el hospital de Ponent a las once y con los americanos a la una. Luego, hueco hasta las cuatro y una nueva a las cinco.

Le gruño, eso no me tocaba y no me gusta nada.

—¿Por qué no se la has puesto a Lluna? Quedamos en que yo no vería más pacientes nuevas.

Se encoge de hombros.

—Ha insistido mucho, y de arriba también han llamado para que le diera la cita contigo. Solo quiere verte a ti.

Qué rollo. Bueno, si es Nina la que lo ha pedido, lo haré, pero espero que sea solo una excepción. Estoy desbordada últimamente.

—¿Y después?

—No te he puesto más, dijiste que necesitabas trabajar en el estudio de la menopausia.

Suelto un enorme suspiro de alivio, Miquel me ha salvado el fin de semana. Tengo que acabar de revisar todos los números para llevarlos al análisis estadístico. Quiero mucho a mi equipo, pero a veces se me despistan y tampoco me fío al cien por cien de los análisis de inteligencia artificial en la recogida de datos. Ne-

cesito que todo cuadre. El presupuesto del departamento depende de que este estudio se publique.

—Te amo. Menos mal, es que tengo que entregar los datos el lunes y ya me veía aquí currando hasta el domingo.

—Pues por eso lo he hecho, para que acabes y tengas tu maravilloso plan de finde soñado: aburrirte como un mejillón en las rocas de tu casa.

—Recuérdame que no te vuelva a invitar, desagradecido.

—No seas mala. Tu acantiladito es el mejor sitio para tomar el sol en bolas. No se acercan ni los drones. Como haga sol el domingo, te llamo.

—Solo te dejaré venir si me dejas estar un ratito más aquí arriba.

Me da un beso antes de levantarse para salir de la terraza.

—Todo para ti. Pero a menos cuarto te quiero sin falta abajo, que habrá que ir conectando.

Saco de nuevo los auriculares. Miro al mar y pongo cancelación de ruido con el volumen al máximo. No quiero oír el mundo. Esta es mi manera de mimarme, y ahora necesito amor. Mucho amor.